



Frente a la imagen frívola y superficial que se pueda tener de la cirugía estética, aparece la solidez humana y profesional de quien ha sido pionero y referente de la especialidad en España: Jaime Planas Guasch. Se forjó en quirófanos del frente en la guerra civil, emigró a América por prescripción facultativa y tocó todos los palos de la cirugía plástica y reparadora. Ahora le queda la estética, a la que no ha sucumbido, o sí, porque la imagen de Planas es impecable, incluidos los signos de sus 88 años.

Antes de ser referencia de la cirugía estética española, Planas fue cirujano de guerra y emigrante nostálgico

Una vida tan estética como digna

SILVIA CHIRRECA

Usted fue el primer médico de la familia. ¿Fue buen estudiante?

-Hasta tercero de carrera, que hice el toreo.

¿Fue cuando descubrió su vocación taurina?

-**(Risas)** Sí, mis amigos y yo nos dedicamos a torear. Con la excusa de sacar dinero para el Hospital Clínico de Barcelona, que andaba mal de presupuesto, organizamos una becerrada. Después siempre me ha seguido gustando el toreo. Encuentro que en él hay arte, valor...

Estética...

-También, pero sobre todo el valor del torero. Luego he vuelto a torear con algún amigo, como *El Cordobés*, e incluso una vez en Colombia... pero con beceras, porque no tengo el valor de enfrentarme a un toro.

Siendo estudiante estudió la guerra civil.

-Estaba en cuarto de carrera, y como muchos médicos se pasaron al otro bando, me reclutaron. Guardo todavía la carta en la que me decían que me presentara o, si no, me reservarían "una plaza especial".

¿Dónde le destinaron?

-Me tocó con el Batallón de la Muerte, que eran unos italianos que iban equipadísimo y llevaban una calavera en el gorro y una banda en el brazo que decía "Sin amo y sin Dios".

¿Pasó miedo?

-A ratos sí. Había motivos. Además, durante días estuvimos perdidos por el monte. Pero luego me incorporé a un batallón español y ya ejerciendo como médico.

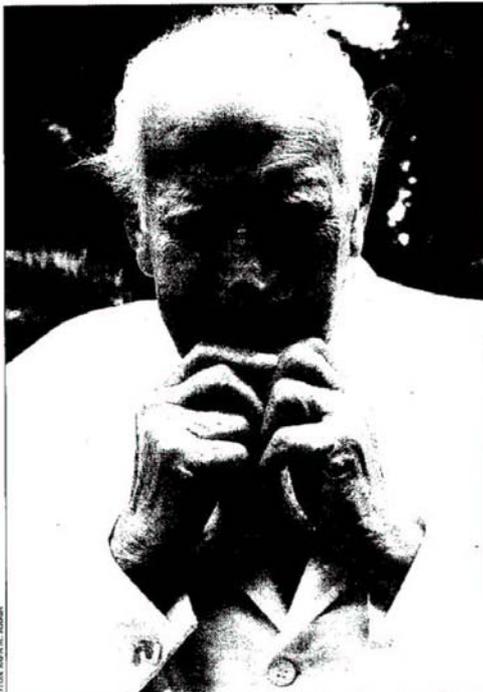
¿Tenía experiencia?

-A mi favor tenía que desde el segundo año de carrera me había presentado voluntario como ayudante de cirugía. Ya estaba en ese ambiente quirúrgico y llevaba 3 años ayudando en operaciones.

¿Tuvo siempre claro que quería ser cirujano?

-Sí. Entré en el servicio del doctor Várrina, pero él era tan honrado que me dijo que aprendiera más con Píulachs en urgencias. Y allí pude hacer de todo. Por eso en cirugía ya me encontraba como pez en el agua.

Aunque resulte tremendo, lo cierto es que



para un cirujano la guerra es una buena escuela.

-Certo. La guerra forma muchos grandes cirujanos. En cualquier caso, es inhumana y extrema, lo que te lleva también a que en nuestro campo hagamos cosas que en otras circunstancias no harías. A mí hubo un momento en que me reclamaron del Hospital de Sarriana, porque me había ganado cierta fama de que anestesiaba bien.

Hacían de todo.

-Por supuesto. Pero la anestesia estaba muy abandonada y se dejaba en las manos de cualquiera. A mí, que era el último en llegar, me encargaron de anestesiar. En la anestesia general

había un momento muy delicado, la fase de excitación, y de mí se decía que la pasaba muy rápido y bien. Por eso fui a Sarriana.

¿Qué tal le fue allí?

-Bien. Había un paciente muy curioso. Le llamábamos Pancho Villa, porque siempre llevaba un par de cananas cruzadas sobre el pecho cargadas de munición. Venía muy a menudo por heridas superficiales. A mí me estaba agradecido por cómo le había tratado y le pedí que ayudara a un amigo médico que estaba escondido en Barcelona y tenía por su vida. Así que le ayudé, pero con tal mala suerte que le dieron mi plaza y yo me tuve que ir al frente. Me hice toda la reti-

rada de Aragón a pie. Fue terrible: kilómetros andando y esquivando el ataque de los aviones.

¿Cuándo acabó la guerra para usted?

-En un ataque resulté herido y me ingresaron en Manresa. Como no había mucho control logré no volver al frente y me quedé allí. Pero era el caos. Al final de la guerra nos dijeron por altavoces que si queríamos quedarnos lo hicéramos porque no había sitio en los camiones para pasar todos a Francia. Un amigo -el doctor Castilla- y yo logramos pasar a Francia y nos metieron en un campo de concentración. Allí había un filtro: los que querían quedarse en Francia y los

que queríamos volver a España, que éramos insultados por los primeros.

¿Por qué quería volver?

-Yo no tenía ni color político ni nada que esconder. El campo era al aire libre, estaba nevado y dormíamos a la intemperie. Castells y yo nos juntábamos para darnos calor. Pasamos unos días, pero nos escapamos.

¿Cómo?

-Cuando llegaban los camiones de comida aquello era tremendo, porque todos se abalanzaban. Aprovechamos ese momento y salimos. Andando llegamos a la estación y nos escondimos en los topes del tren. En fin, dramas de esos que todo el mundo ha pasado...

Y cruzaron la frontera.

tadrático de Dermatología me dijo que olvidara la cirugía porque no iba a poder dedicarme a ella. La típica limpieza de las manos que hacemos los cirujanos todavía empeoraba la situación y él me dijo que a ese ritmo tenía dedos para 10 años. Después, me pronosticaba que tendrían que amputármelos.

¿Cómo reaccionó?

-Yo no podía decir nada en casa, porque estaban muy ilusionados con mi carrera médica. Pero necesitaba una solución, que estaba en América. Pero estaba en edad militar, con lo que no podía salir del país, no tenía dinero y tampoco podía pedirlo en casa para no confesar el problema.

¿Qué hizo?

"Mi lema es: no temas la competencia, teme la incompetencia. Quiero que mis compañeros lo hagan bien, porque eso acredita la especialidad"

-Sí, pero nos cogieron. Al cabo de unos meses de estar retenidos nos dejaron volver a Barcelona.

¿Pudo acabar la carrera sin problemas? ¿Regresó al trabajo?

-Sí, en urgencias. Recuerdo que dedicábamos mucho tiempo y paciencia a sacarnos agujas de las manos a las limpiadoras del hospital, que se las clavaban fregando los suelos. Y sepa que es difícilísimo. Eran tiempos de penurias económicas y no había placas para las radiografías. A mí me aparecieron lesiones en las manos que se ulceraban y nadie sabía qué era. Yo mismo me diagnosticué que era efecto de la radiación.

¿Cómo le trataron?

-Probamos de todo y no funcionaba. Casualmente, leí un artículo sobre un americano que trataba ese tipo de lesiones a la gente que trabajaba en los experimentos nucleares de Los Alamos. Entonces en España no sabíamos nada de injertos, y en el resto de Europa, poco.

¿Cómo podía operar con esas lesiones?

-Es que, de hecho, el ca-

-A Píulachs se le ocurrió que la solución era tener una beca para ir a Estados Unidos. Me consiguió una del Gobierno, pero pasaron casi dos años y no me daban el dinero. Pero para entonces logré ahorrar y conocí a un carmelita que podía disponer de dólares porque se los mandaban de una casa de la orden en Venezuela. Le compré mil pegándolos a 30 pesetas, cuando se cotizaban a 16 y los ingresé en Nueva York. Me fui a Madrid y les dije que si me daban un justificante de la beca que me permitiera salir del país no les pedía el dinero. Acceptaron.

Y se fue.

-Me embarqué en el mar Cantábrico y pagué 4.004 pesetas y cincuenta céntimos por un viaje de 17 días, comida incluida. Guardo el recibo. En el bolsillo llevaba 30 dólares y no sabía siquiera dónde llegaría, porque dependía de en qué puerto estaba más barato el algodón que iban a comprar para cargar a la vuelta. Podía ser Nueva Orleans o Houston. Yo escribí a un amigo de la familia que era



JAIME PLANAS GUASCH



A CORAZÓN ABIERTO

médico y llegó a ser rector de la Universidad en Nueva Orleans. Afortunadamente recalamos allí y me estaba esperando.

¿Qué tal acogida tuvo?

-Hoy día es normal, pero entonces, que un médico joven español saliera al extranjero era un acontecimiento. Para que se haga idea, apenas había un vuelo comercial al mes hacia Estados Unidos. Cuando iba a los consulados españoles allí me invitaban a comer.

¿Cómo logró mantenerse? En realidad usted iba a operarse.

-Pero nadie lo sabía. Sólo se lo conté al consúl español en Nueva Orleans y él me ayudó consiguiéndome una beca norteamericana gracias a la que pude recorrer el país y ver distintos cirujanos. En San Luis estaba el que yo quería que me

ba la vida americana. Y eso que en San Francisco el cirujano con el que trabajaba me ofreció heredar su consulta, porque sólo tenía un hijo y era arquitecto. Me quería mucho, pero le contesté que mi gente y mis costumbres estaban en España.

¿Qué era lo que menos le gustaba del 'american way of life'?

-La familia americana se quiere, pero cada cual tira por su lado. Yo extrañaba a la mía y a mis amigos, porque allí me encontraba solo. No me atraía. Luego otros han hecho grandes fortunas allí, pero no todo en la vida es el dinero.

¿Fue fácil el regreso?

-Volví muy preparado en traumatología -ya me fui con una formación muy sólida que se daba en la facultad de Barcelona- y le con-

En casa del herrero...

Jaime Planas Guasch es la peor publicidad para su centro, y que nadie se lleve las manos a la cabeza. Su prestigio está fuera de toda duda, pero ver su pelo cano y su rostro surcado de arrugas desanima a cualquier intervención estética. Planas es un magnífico ejemplo de cómo envejecer con dignidad sin perder el encanto. Elogante en el atuendo y las formas, ver al doctor Planas pone en entredicho la necesidad de disimular el paso del tiempo.

Sólo su instrumento de trabajo, sus precisadas y cuidadosas manos, han sido evidentemente retocadas, pero tienen tanta experiencia acumulada en el quirófano que encajan perfectamente en el conjunto de anciano venerable en plena actividad física e intelectual.

Aunque ya podría estar por encima

del bien y del mal, sigue preocupado por dar una buena formación a los futuros especialistas, leyendo revistas científicas a diario y pendiente de la actualidad. Alarmado por sentencias recientes, afirma tajante que el que diga que un cirujano, incluidos los estéticos, puede garantizar resultados, se equivoca, aunque sea un juez.

Le gusta bromear sobre quién es el jefe en su clínica, pero aunque su mujer y sus hijos se encarguen de la marcha diaria del centro, nadie duda de que él es el alma que le ha dado vida y espíritu. En la era de la cirugía estética, que él domina, ahora otros campos que le supusieron mayores beneficios morales: la satisfacción de borrar las señales con las que la naturaleza o el azar marcaron a un paciente.

sometido a una operación de estética. Al fin y al cabo, se opera para que se note.

-Desde luego, pero prefiero decir que tiene mejor cara porque ha pasado unos días en un balneario.

¿La mejor intervención estética es la que no se nota a primera vista?

-Así debe ser. Si se nota demasiado, malo. Pero llegar a ese punto es lo más difícil.

Decía antes que muchos entran en la estética por el negocio. ¿Es tan bueno?

-Es un buen negocio si no buscas el dinero, porque lo haces con más entrega y calidad.

Usted mismo reconoce que su especialidad no es muy apreciada por otros médicos. ¿No le ha tentado pasarse a otra más reconocida?

-Es que cuando ya estás metido a fondo en un campo pierdes la habilidad para otros. Y la Medicina es cada día más extensa y compleja.

¿Está satisfecho con la consideración que recibe su trabajo de otros médicos?

-Pienso que a mi centro se le reconoce su seriedad. Y aunque hoy día no hagamos apenas cirugía reparadora y plástica, porque es algo que ha asumido la sanidad pública, aquí tuvimos una de las primeras unidades de quemados de España. Yo traje la cirugía de la mano a España. He hecho muchos labios leporinos, y era una gran satisfacción.

El problema de nuestra especialidad es que no tiene ubicación geográfica en el cuerpo y al final otras especialidades se han ido quedando con parcelas de la plástica y reparadora.

¿Qué les va a quedar?

-Quiero pensar que el prestigio de todo lo que ya hemos hecho. Pero cada vez vamos más a la estética pura.

Le ha gustado mucho la docencia.

-Soy partidario de la transmisión del conocimiento. Es algo que he intentado inculcar.

Y dentro de la cirugía, ¿de qué se siente más orgulloso?

-De mi faceta reparadora. Es maravilloso ayudar a alguien que era infeliz.

Después de ver casos como, ¿se ha tenido que morder la lengua ante los caprichos de un cliente de cirugía estética?

-Muchas veces.

Ante un cliente famoso, ¿qué es más difícil: operarle o aguantarle?

-Sin duda, aguantarle. Pero no te queda más remedio. Hay que saberlos tolerar.

¿Ha echado a algún cliente de su consulta?

-Sí, era famosa.

"Fui a América a operarme porque, por la radiación, tenía lesiones en las manos y me dijeron que en 10 años perdería los dedos, pero no dije nada a mis padres"

operarse.

Y le operó.

-Sí, pero guardo recuerdos tristes de esa época, porque me sentía muy solo, ni mi familia sabía lo que me ocurría... Escribí una carta con mi última voluntad y la llevé al consulado por si me pasaba algo.

¿Fue entonces cuando se decidió por la cirugía plástica y reparadora?

-Ya lo tenía en mente, pero acabé decidiéndome por una coincidencia. El último caso que vi en España antes de irme fue el de una mujer a la que, por orden de Piu-lachs, tuve que amputar una pierna. El primer paciente que conocí en Estados Unidos llegó a la consulta a hacerse una cura de ambas piernas, en la que tenía injertos. Pensé que si lo hubiera tratado yo en España en ese momento estaría sano y llevaría una vida de ruedas. Fue suficiente para decidir que tenía que llevar esas técnicas a España.

Se formó en Estados Unidos durante casi dos años. Pudo quedarse más, pero, según reza su currículum, regresó por causas familiares.

-Mi padre enfermó. Estaba muy afectado por mi marcha. Era muy sentimental, me escribía cada semana y estaba convencido de que no me volvería a ver. Cuando supe de su enfermedad, regresé. Murió a los seis meses.

Entonces, ¿no pensó en continuar la aventura americana?

-No, porque no me gusta-

ba a todo el mundo que había hecho la especialidad de plástica y reparadora, pero aquí no se conocía. Tenía una lucha interna sobre si seguir o no. Mis amigos médicos me decían que no me mandaran a nadie si hacía de todo. Por eso decidí dedicarme en exclusiva a mi campo. Y claro, al principio hubo mucho bostezo. No pasaba hambre porque tenía a mi familia y con ellos no me faltaba de nada.

¿Salió muy tarde de la casa familiar?

-Y tanto. Me casé a los 45 años. No sabe uno por qué, pero siempre pensé que las bodas no iban conmigo. Uno llevaba una vida de soltero... la realidad es que me casé tarde porque, además, estuve cinco años de noviazgo en los que rehímos cinco veces. Los dos tenemos nuestro carácter.

Por cierto, que conoció a su mujer como paciente.

-Cierto. A mi ella me gustó; la verdad es que la primera vez que la vi me quedé prendado.

Y cruzó la barrera entre médico y paciente.

-No, porque luego no volvió. Fue tiempo más tarde, cuando otra paciente me dijo que quería recomendada por ella. Le conté que quería volver a verla y así empezó la cosa.

Su mujer se ha implicado totalmente en su carrera. A usted le gusta decir que es ella la que manda en la clínica.

-Las mujeres mandan siempre, y la mía tiene fue-



na predisposición, porque sabe mandar. Mejor, sabe decir a la gente lo que tiene que hacer sin molestarles y con cariño. Esta casa no sería lo que es sin ella.

¿A usted no le gusta mandar?

-Pues no. No he sido mandón. Mi hijo Jordi, sí. Pero Montse, mi mujer, no manda, pero le hacen caso.

Usted trabajaba en el Hospital Clínico de Bar-

¿Eran bien aceptados?

-Bien, porque les aportábamos algo nuevo. En aquella época nadie hablaba de cirugía estética, sino de plástica.

¿Cómo ha vivido la evolución de la especialidad?

-Como es un campo con fama de que se gana dinero, hay mucho intrusismo y eso nos perjudica muchísimo. Quiero que mis compa-

El intrusismo, ¿ha perjudicado su imagen incluso ante otros médicos?

-Sí, pero al final, como siempre hay alguien en la familia que quiere una operación, vienen a pedirte el favor.

¿Se ha hipodesarrollado su especialidad?

-Sí. Yo he visto madres que quieren lucir una hija guapa y la traen para operarla sin que la niña tenga mayor interés.

¿Hay pacientes que piensan que una operación de estética les va a cambiar la vida?

-Sí. Pero es que te encuentras con personas que quieren operarse a toda costa, por ejemplo la cara, y yo les recomiendo que no lo hagan. Pero se acabarán operando cuando otro les diga que sí se lo hace.

Usted luce unas preciosas arrugas.

-Es que tengo 88 años.

Podía haberse operado.

-Me han operado de otras cosas, como los juanetes, pero para operarse de estética hay que sentir la necesidad, y yo nunca la he sentido. Tengo arrugas y bolsas bajo los ojos... pero lo llevo con dignidad.

¿Hay trucos?

-Hay detalles propios de cada cirujano y algunos se los guardan.

"Para operarse de estética hay que sentir la necesidad, y yo nunca la he sentido. Tengo 88 años, arrugas y bolsas bajo los ojos... pero lo llevo con dignidad"

celona.

-Entonces, allí se trabajaba por las mañanas de forma gratuita, y por las tardes yo tenía mi consulta privada.

¿Le costó implantarse?

-En Barcelona estábamos dos médicos en la especialidad: Lorenzo Mir, que también estuvo en América, y yo. Lo que hacíamos era dar a conocer la especialidad dando conferencias sobre injertos...

tores lo hagan bien, porque eso acredita la especialidad. Yo tengo un lema que verá en carteles por la clínica: "No temas a la competencia, teme a la incompetencia". Yo he conocido a un cirujano alemán que cobraba por verte operar y a otros que si les estás viendo se tapan.

¿Hay trucos?

-Hay detalles propios de cada cirujano y algunos se los guardan.

¿Hay pacientes que piensan que una operación de estética les va a cambiar la vida?

-Sí. Pero es que te encuentras con personas que quieren operarse a toda costa, por ejemplo la cara, y yo les recomiendo que no lo hagan. Pero se acabarán operando cuando otro les diga que sí se lo hace.

Usted luce unas preciosas arrugas.

-Es que tengo 88 años.

Podía haberse operado.

-Me han operado de otras cosas, como los juanetes, pero para operarse de estética hay que sentir la necesidad, y yo nunca la he sentido. Tengo arrugas y bolsas bajo los ojos... pero lo llevo con dignidad.

¿Hay trucos?

-Hay detalles propios de cada cirujano y algunos se los guardan.